

ct

Hijos de Verónica

Generación del miedo

de

Anna Albaladejo, Mafalda Bellido, Iaiá Cárdenas, Paula Llorens, Guadalupe Sáez y Amparo Vayá

Dramaturgia

Jerónimo Cornelles

(fragmento)

"En 2006, en la playa, apareció el cuerpo desnudo y sin vida de una mujer de raza blanca de alrededor de cuarenta años. Todo indica, por una nota encontrada su mano, que la mujer se llamaba Verónica; en la nota podía leerse: "Verónica, por favor, regálame 10 años más de felicidad".

Aún así, lo único que se sabemos con certeza de ella, es que, gracias a una cicatriz en el abdomen y análisis clínicos realizados, en 1986 se le practicó una cesárea.

A pesar de que las causas de su muerte sigan siendo un enigma y, aparentemente, todo indique que se trató de un suicidio, su expediente continua abierto.

Probablemente ya nunca sepamos lo que ocurrió aquel día ni quién fue aquella mujer, aun así, nos hemos reunido en 2016, diez años después, para quizás, conocer y saber quién fue su hijo.

No se trata de cerrar el caso. Para todos Verónica seguirá siendo un misterio. Sin embargo la memoria es caprichosa y como sociedad debemos hacer justicia, dotar de sentido, cerrar heridas y ofrecer pasado".

2 (de 18)

HIJOS DE VERÓNICA (1986 / MATERNIDAD)

Anna Albaladejo. “*Un lunar en la ingle*”.

*Hombre vestido con una bata blanca. Se acerca a la mesa con observación científica, se dirige a los espectadores con ademanes policiales. Lleva en una mano un cuaderno negro tamaño A5, papel pautado; en la otra un lápiz recién afilado que chupará siempre antes de escribir, como un ritual repetitivo, instinto de succión del pecho materno. Este ritual, estas chupadas, podrían jugarse a favor del ritmo interior del personaje, de su tensión, de sus deseos, podrían crecer hasta convertirse en dentelladas, implicar a la lengua, volver a la calma...
Va lanzando preguntas de una encuesta a los espectadores, apuntando y descartando sobre la marcha.*

¡De aquí no nos movemos sin saber quién de todos los presentes es el hijo de Verónica! Se acabó el escaquearse, venga, id diciendo nombres. Nombre. ¿Nombre?... ¡Nombre!

Tú y tú, fuera. Podéis iros a casa o quedaros calladitos en un rincón.

Los demás, fecha y lugar de nacimiento- Así nos han recibido al entrar aquí. Como si no hubieran sido ellos los que nos han llamado.

Rasgos distintivos. Estatura, tono del cabello, color de ojos, ¿verdadero o falso? Quiero decir, ¿no serán lentillas?- Si es que parecía el Quien es Quien: ¿lleva gafas?, ¿usa sombrero?, ¿gasta lentillas?, ¿lentillas azules como esa imbécil de allí? Me la he encontrado en la puerta, con su cara de modosita, disfrazada de “soy la hija de Verónica”. Odio a la gente con lentillas de colores, tanto como a los que se maquillan las cicatrices, esconden los lunares, se queman las verrugas... en general me carga el personal que pone un parche a sus mutilaciones. ¿Vosotros sois de esos? La gente que quiere parecer aséptica, impoluta, que se disfraza de bata blanca o se pone lentillas azules para que nadie detecte sus señales. Parece que ellos también porque enseguida nos ha entrado con el temita.

Venga, tú, hazme aquí un croquis de las señales que tienes en el cuerpo –eso me lo dijo el flaco, sí, el de la cara de científico de la universidad politécnica, ¿lo habéis visto?

(Mira el croquis)

¿Estás seguro de que no tienes un lunar en la ingle izquierda? Un lunar de nacimiento.

¿Yo?, ¿un lunar en la ingle?” – le contesté.

Piénsalo bien antes de contestar, tenemos métodos para averiguarlo. Aunque te recomiendo confesar. No querrás que le pida a Sánchez que lo compruebe -esto me lo dijo también el flaco, con una sonrisa metálica y señalando con suavidad al otro, al alto ese de los musculitos, al tal Sánchez. ¿Por qué los policías bestias siempre se llaman Sánchez o Gómez o...? Y entre los dos me fueron acorralando contra la pared, de forma fría y delicada. Así que se lo dije, ¿qué hubierais hecho vosotros?- “Pues sí, ¿cómo lo sabe? Un lunar...”

“De color rojo, en la ingle izquierda”- añadió Sánchez. “De nacimiento”- completó el científico de la universidad. ¡La hostia!, yo tenía la sensación de haberme metido por equivocación en la trama de una novela negra.- “Ahí tenemos la primera prueba, el indicio que nos llevará a rescatar su

origen, su memoria, el sentido de su historia”- Y me pasaron a otra habitación, blanca y vacía, estilo CSI, donde me sacaron sangre y unas muestras de saliva. Aún tengo la lengua raspada.

Pruebas de ADN- me dijeron y que con ellas podría conocer la verdad. Y me ofrecieron una bata blanca, esta bata blanca, pero yo no me la quería poner, ¡nadie más aquí lleva bata blanca!, lentillas azules sí, pero ¿bata blanca? ¡Parece un disfraz!

¿Nos están tratando a todos por igual?- Les pregunté. Además, no estoy seguro de querer conocer la verdad... Eso no se lo dije a ellos, os lo digo a vosotros... ¿La verdad? Pero qué es la verdad, ¿la verdad está en la química?, ¿en los indicios?, ¿en las batas blancas?... ¿O en los puños de Sánchez? No, yo no estaba seguro de querer conocer la verdad, una verdad que me reclama de súbito, sin que yo lo pida. Yo no he pedido ninguna certeza, de eso estoy sí que estoy seguro. No necesito que me rescaten de ninguna mentira, ni que me pongan una bata blanca como un disfraz. ¿Vosotros sí? Pero no, no me podían dejar tranquilo, me tenían que catapultar al lugar de los expedientes sin resolver, de los casos abiertos... y ni siquiera me siento el protagonista de este capítulo, ¿entendéis? Esto no tiene que ver conmigo, ¡joder! Esto tiene que ver con ellas, con la tal Verónica, mi... ¿madre biológica? Y con mi madre, bueno, la que hasta ayer era mi madre. Hasta ayer. Esa mujer que me ha acompañado hasta aquí y ahora se está tomando un café tan tranquila, la mujer esa disfrazada de... de “pseudomadre”, que antes de entrar me ha dicho con voz quebrada -Te mereces saber.

Pero, ¿saber qué? ¿Saber qué, mamá? Si yo siempre he sabido. ¿Te has preguntado alguna vez si yo quería saber?

Y no es solamente que no nos parezcamos mi... pseudomadre y yo, no, hay algo más, algo alrededor de nosotros. Como una cierta sospecha que impide la consecución de sus gestos de cariño; una especie de condescendencia que el resto de mi familia se empeña en disimular; una señal de nacimiento, casi imperceptible, un lunar como una estrella de David, ahí abajo, impresa en la ingle.

Por eso estoy aquí, no porque quiera saber, no, sino porque de alguna forma siempre he sabido. Por eso he contestado a todas las preguntas, no porque me intimidara el tal Sánchez, sino porque este era un trámite que esperaba desde mi infancia. Porque mi vida ha apeestado siempre a misterio policiaco, a culebrón de la España negra. Por eso no me he sentido ultrajado, avergonzado, ¡cosificado! cuando me han hurgado ahí abajo para medir el lunar, para pesarlo, olerlo, cuantificar mi identidad, la cualidad de mis cromosomas. Por eso me he prestado a todo como un corderito, junto a todo este rebaño disfrazado de ovejitas Dolly, ¿Tendrán todos una verruga en la ingle? ¿Y vosotros? ¿Tenéis una también? Porque yo sí, una verruga que se me ha calentado durante toda esta espera, que ha ido subiendo hasta hacerme sentir una rabia en la entrepierna, unas ganas de enseñar mi lunar, ¿queréis verlo?, de reventarlo contra la bata blanca del científico, de definirme a patadas contra las paredes de esta sala de espera. ¡De largarle una hostia al musculitos de Sánchez y escribir yo mismo la historia que me merezco, la que nos merecemos mi pseudomadre y yo!

Porque me he dado cuenta de que lo que define a una madre no es el color de tu ADN, sino que se quite las lentillas y te mire el lunar, ¿no?, lo que hace a la madre de uno no es la biología, ni la herencia genética, ni tampoco el libro de familia. Lo que hace a una madre son los mordiscos, los lametones, las caricias rasposas, la dulzura y la torpeza con la que se ama a gritos, sin ponerse una bata blanca, hostia, ¡desnudos con nuestras verrugas! ¡Esa es la verdad! mi verdad al menos.

Y esto es precisamente lo que yo no he tenido nunca, porque a mis madres, a cualquiera de ellas, les faltó el valor que nos hubiera salvado de ahogarnos. Y esta es la certeza que hoy me entregan estos investigadores de mierda que se llenan la boca de “justicia, dotar de memoria”, estos cabrones que no me van a “cerrar ninguna herida”, que no me pueden “ofrecer mi pasado” por mucha coincidencia genética que tenga con Verónica. ¿La verdad? ¡La única verdad es que van a joderme

la vida con una madre cadáver! ¡Con una no, con dos pseudomadres cadáver! Porque una madre que te cuida de puntillas, que se siente una impostora por no haberte parido, esa es también una muerta, una pseudomadre! ¡Y no hay derecho! Por mucha verdad científica, por mucha memoria objetiva, no hay derecho a no tener una madre de verdad! ¡Una madre dispuesta a arrancarte los lunares a dentelladas, capaz de llenar tu piel de cicatrices antes que aceptar una sola huella de otra madre en tu cuerpo! ¡Porque si una madre no es capaz de matar, entonces no se merece el nombre de madre! ¡Ni siquiera el de pseudomadre, joder!

18 (de 18)

HIJOS DE VERÓNICA (2016 / IDENTIDAD)

Anna Albaladejo. *“Androginia marinera”*.*(Dedicado a Joana-Joan, por nacer tan valiente)*

Una persona, sin edad definida, sin sexo definido, sin personalidad definida, precisamente así: andrógina, intemporal, sin estilo propio.

No, no he venido aquí a encontrar a mi madre. La identidad de mi madre: su nombre, su pasado, su... Esa neura me la quitó hace tiempo. Me costó una pasta: sesiones y sesiones de psicólogo, terapeuta, viaje astral, constelaciones familiares y su puta madre, nunca mejor dicho. Por suerte hace tiempo que ya no voy buscando una teta que chupar en cada tía que me encuentro, en cada tío que se me cruza.

No, no estoy aquí por lo del reconocimiento del hijo, lo de la niña abandonada... En realidad he venido por mí, para encontrarme a mí, sí, y superar de una vez el trauma de la madre ausente, que todos dicen que es la causa primigenia... que la culpa de mi indefinición la tiene mi madre por morirse y que si me reencuentro con ella en el más allá, o mejor en el más acá, pues... Eso dicen astrólogos, kiromantes, adivinos. Ahora que he superado la fase psicoanalítica los frecuento mucho. Así voy entre amuletos, elixires, broches... Fíjense en este de la virgen del Puerto. Bonito, sí, pero ha salido con defecto, cuando menos te lo esperas se abre y la aguja se te clava en el pecho. Pero no me decido a quitármelo, el pinchacillo en el corazón me recuerda que hay que seguir viviendo, buscando. ¿De qué les estaba hablando? Ah, sí, de mis visitas a los videntes. Creo que conecto más con ellos por el ambiente kicht, un punto barroco, me recuerda a casa de mi abuela. Y porque la mitad parecen maricas, lesbos, trans, drac queens...

No es que yo me considere exactamente homosexual, me gustan tanto los hombres como las mujeres. Más bien lo que me pasa es que no soy capaz de describir mi sexo de partida... cuanto menos el de llegada. Nunca, ni en mi infancia. Para mí era de lo más normal buscarme la colita y acabar encontrando el ombligo entre las ingles. Pero cuando quería meter el dedo en el agujero, ¡sorpresa! un palo de chupachups que parecía un cordón umbilical hacia un pasado andrógino y misterioso.

Mi familia no ayudó en nada a resolver la indefinición. Y eso que me crié con mis abuelos en una mansión de esas venidas a menos en la playa de la Malvarrosa. Un señor y una señora, nacidos en los años 30, que han practicado el sexo toda la vida como Dios manda: bajo una sábana. Porque por mucho que mi abuela votara a Felipe González, dudo que no se santiguara cada vez que oía hablar de Igualdad de género.

Yo creo que en el fondo, me lo consentía todo por lo del trauma de la madre ausente, estoy seguro por todas las veces que me repetía aquello de: “Menos mal que has heredado mis ojos, marrones, manchados de vida amarilla. En esta familia los ojos azules son como habitar el Mar Muerto.” Y dicho esto, quién sabe porque, me obligaba a jurar que “nunca nunca nunca entraría a solas en el cuarto de mi abuelo”. Yo se lo prometía cruzando los dedos y salía corriendo a esconderme bajo la silla de ruedas de ese viejillo absurdo, que me sonreía con sus ojos azules mientras me contaba chistes. Es por él que llevo lentillas, sí, son lentillas, no se crean, mis ojos son tan marrones como los de mi abuela, por eso he flipado al ver la fotografía de la tal Verónica y me he dicho “hostias, el mismo azul mar que el paralítico”

Pero más allá de las advertencias, mi abuela se pasaba el día entre rezos y telediarios, así que me dejaba completamente libre. Tan libre que ni me decía qué ropa ponerme. Y yo, un día las faldas de mi prima Katalina y otro, la camisa de mi tío Jose, que también tenía unos ojazos azules. ¡La verdad es que me hacía unas combinaciones fantásticas! De esas de chándal con zapatos de tacón. En esa época yo era feliz. Aunque a veces sentía que algo no cuadraba con los maniqués de las boutiques a las que acompañaba a mi abuela cada sábado.

El nombre tampoco aclaraba nada, ¡qué va! Parece ser que lo eligió ella, la hija de mi abuela, mi... no me acostumbro a llamarla madre, ¿cómo voy a saber lo que es eso? Lo más parecido que conozco es una abuela rubia y elegante que tocaba el oboe haciendo vibrar con la música un único mechón blanco lleno de laca, una señora que me quiso coartar tan poco que más bien me dejó crecer sin un solo referente sobre el que construirme. Ni del nombre se hizo responsable, decía que a su hija siempre le habían gustado los nombres de moda con fecha de caducidad. Y Pau, era precisamente un nombre épico en los años 80, un nombre unisex que servía tanto para niño como para niña y que encima tenía la ventaja de traducirse como Paz en su versión femenina. Fantástico que te lancen al mundo como una puta paloma blanca avanzadilla de las teorías queer.

Ya sé lo que están pensando: la partida de nacimiento. Es verdad, nada más nacer lo primero que te señalan es si eres varón o hembra, la primera división que te arrear al llegar al mundo. ¡Luego vendrán todas las demás! En mi caso también lo hicieron. Pero como ya en el hospital brillaba por su ausencia lo que viene a ser una madre, un padre, una abuela o un jodido ángel de la guarda, tras rellenar mi partida alguien la debió dejar dentro de mi cuna y olvidarse de cambiarme el pañal en más de 24 horas.

Fuera como fuera, lo que cuenta mi abuela es que cuando fueron a reclamarme al hospital tras la desaparición de mi madre, lo que se encontraron fue un canastillo lleno de pipi en el que mi partida de nacimiento y yo flotábamos con tanta ligereza como lo hubiéramos hecho en el Mar Muerto. Ríos de tinta corrían por la casilla del sexo-género, también según la versión de mi abuela, que jamás se molestó en mirarme debajo del faldón, del pantalón o la falda y sigue sosteniendo que tal incógnita es una ventaja. “Porque vamos a ver”, dice ella, “si uno tiene la suerte de poder decidir lo que quiere ser, por qué tenemos que ponerle una etiqueta de por vida”. Moderna mi abuela, ¿eh? Nacida en la post-guerra y augurando ya a la Judith Butler.

Pero claro, el que tenía que tomar tamaña decisión era yo. Y elegir nunca ha sido mi fuerte, vamos, que soy “poco echao p’alante” como decía mi tío Jose. Creo que a él le hubiera gustado que yo me definiera macho muy macho, como los estibadores del puerto. Pero es que yo me sentía igual bailando entre las gitanillas que bajaban a la playa que viendo el fútbol con mi abuelo.

Así fueron pasando los años de la niñez, entre encrucijadas. No saben lo mal que se pasa en el colegio cuando no sabes a qué baño te toca entrar. A duras penas me aguantaba el pipi hasta llegar a casa. ¡Y qué casa! Me hacían tan poco caso que la indiferencia acabó por convertirse en el paraíso del respeto. Una casa de locos donde yo vadeaba, como podía, entre las cocinitas de mi prima Kata, el fuerte indio de mi tío Jose, el tren, las muñecas y cochecitos, el maletín de enfermera, la bici de carreras... Hasta convertirme en una especie de guerrero-princesita llorón-aventurera. Lindo ejemplo para un manual básico de teorías *trans*, pero con el efecto histriónico de la Semana Santa Marinera.

Un poco más adelante, en un intento de supervivencia desesperado decidí estudiar Derecho, “mater y pater de todas las definiciones”- pensaba yo ingenuamente... Pero allí, perdidamente enamorada del índigo sereno de los ojos de la profe de Civil, absolutamente obnubilado por las pupilas azul metálico del cabecilla del sindicato de estudiantes, se sumaron nuevos traumas a resolver en disgresiones psicológicas y ritos chamánicos. Si llega a saber mi tío Jose el dineral gastado en terapias, me arrea una hostia al estilo estibador del puerto. Bendita hostia que tantos esfuerzos me

habría ahorrado, porque hay que joderse el sudor y lágrimas que cuesta definirse. Lágrimas de sangre que diría la santa de mi abuela.

Ella no quería que viniera. Creo que prefiere pensar que su hija, mi madre-padre ausente, volverá algún día. Que el cuerpo ese que apareció en la playa, con el sexo comido por las pirañas, no tiene nada que ver conmigo.

Yo sí quería venir, pero no tanto por descubrir quién es mi madre, sino para descubrirme a mí. Tenía la esperanza de que “reencontrarme con el origen” me iba a ayudar a componer un esquema sencillo, un algoritmo en el que refugiarme, un salvoconducto que me volviera visible de una vez, con el que poder asimilarme, al fin, a una o a otra mitad de la humanidad. Y se me han pasado las horas con la sensación de esperar un cara o cruz irrevocable, una respuesta definitiva a todas mis preguntas, un sentido para mi vida.

Hasta hace apenas un instante en que ha aparecido una luz... Una luz que parece que sólo veo yo... ¿Por qué nadie más la ve? ¿Es que nadie puede ver esa certeza iluminada por encima de nuestras cabezas? ¿No la ven?

¿Verónica? ¿Madre? ¿Padre? ¿Qué quiere decirme? ¿Qué busca caminando descalza por encima de las olas, qué mensaje trae su caracola virgen fecundada por el mar? ¿Qué significa desnuda en su paño, pariendo entre sangre y espuma, no uno, sino quince cuerpos andróginos, *sirénicos* y celestiales?

Se levanta.

¿A quién le importa ya el sexo de los ángeles?

Podría ser que durante el discurso haya entrado en calor y se haya quitado la camisa quedándose en tirantes. Puede ser que la camisa se haya caído al suelo y que, al agacharse a recogerla, veamos sobresalir dos muñones blancos de su espalda.